

Si bien las miras de Francia y de Inglaterra unidas se dirigían principalmente á Flandes, donde proyectaban dar el mas rudo golpe, era además el designio de Cromwel apoderarse de Méjico, y hubiéralo hecho si los españoles no hubieran acudido oportunamente á su defensa. Entonces empleó el protector las fuerzas navales de Inglaterra contra la Jamaica, la mas preciosa de nuestras posesiones en las Antillas, y logró hacerse dueño de la isla por medio de un ataque repentino, sin que despues pudieran reconquistarla los españoles, y haciendo de ella los ingleses un depósito para el comercio de contrabando con Méjico y el Perú, poblándola cada dia hasta convertirla en una de sus mas florecientes colonias (1). Amagaron tambien las escuadras inglesas á Cuba y Tierra-Firme, aunque sin fruto. Pero el almirante Blake, y Stayner, uno de sus tenientes, con numerosas naves salian á caza de nuestros galeones de las Indias, y sorprendiendo unos, y sosteniendo porfiados combates con otros, nos hicieron perder inmensas riquezas y muchos hombres.

Pasaron pues á Flandes, en virtud del tratado, seis mil ingleses escogidos al mando del coronel Reynolds. Sospechando Condé que el proyecto de los aliados sería acometer á Dunkerque, se metió dentro de la plaza. Este era en efecto el plan de Turena, mas sabiendo aquella prevencion abandonó la empresa. El de la Ferté cercó y embistió á Montmedy (12 de junio, 1657), que se entregó por capitulación á los dos meses (6 de agosto). Hallábase en el campamento francés el rey Luis XIV en persona. Unido luego Turena con los ingleses, se apoderó de Bourbourg y de Saint Venant (17 de agosto), hizo á los españoles levantar el sitio de Ardres, y tomó sin gran resistencia á Mardyck (23 de setiembre), que con arreglo al tratado puso en manos de los ingleses: con lo cual terminó aquella campaña.

Faltaba ponerlos en posesion de Dunkerque, y esto fué lo que emprendió en la siguiente primavera, distribuyendo sus cuarteles alrededor de la ciudad, vencidas para ello no pocas dificultades, y estableciendo el suyo en las Dunas de la parte de Niuport. Una escuadra inglesa de veinte navios cerraba al mismo tiempo el puerto, llevando á bordo otros seis mil hombres. El rey Luis XIV fué á animar el sitio con su presencia. Estaban los franceses como sitiados ellos mismos entre la plaza y el ejército español. Don Juan de Austria y Condé se aproximaron con quince mil hombres á tres cuartos de legua del campo. Iban con ellos el marqués de Caracena, el mariscal de Hocquincourt, del partido de los príncipes, y el duque de York, hijo del desventurado rey de Inglaterra Carlos I, á quien nuestra corte habia dado el título de capitán general de la armada del Océano. En uno de los primeros reconocimientos murió de un balazo el mariscal de Hocquincourt (12 de junio, 1658). Aun no habia llegado al campo español la artillería, y aprovechando esta circunstancia los aliados salieron una mañana (14 de junio) á presentar la batalla antes de lo que don Juan y el de Condé habian podido pensar. Apresuráronse estos á poner en orden su gente, extendiéndola por aquellas mismas Dunas que tan fatales nos habian sido cincuenta años antes, cuando gobernaba los Países Bajos el buen archiduque Alberto. No lo fueron menos en esta ocasion, pues habiendo logrado un cuerpo de caballería francesa en la baja marea pasar por entre las Dunas y el mar, cogió por la espalda á los españoles que combatian con los ingleses, los derrotó, y con su derrota se puso en desórden y en vergonzosa fuga todo el ejército, dejando tres mil muertos y muchos prisioneros. Descuido indisculpable fué en don Juan de Austria, y mas en Condé, que era un general tan práctico, haber dejado sin guarda ni defensa la playa.

Azarosas consecuencias tuvo esta derrota fatal. Dunkerque capituló nueve dias despues (23 de junio, 1658), y fué entregada á los ingleses segun lo pactado. Link, Bergues, Dixmude, Furnes, Oudenarde y otras poblaciones pasaron sucesivamente á poder de los anglo-franceses; Gravelines resistió algun

(1) La poblacion blanca de la Jamaica, que en 1655 no ascendia á mas de mil y quinientos hombres, fué al poco tiempo una de las mas numerosas, por la multitud de colonos que fueron de Inglaterra, de Irlanda y de Escocia.

tiempo mas, pero al fin corrió la misma suerte á los veintisiete dias de sitio. Era la última de las comprendidas en el compromiso de las dos naciones (2).

Orgullosos con aquella victoria y con aquellas conquistas los franceses, prometíanse al año siguiente hacerse fácilmente dueños del resto de la Flandes, y se preparaban á entrar en campaña. La corte española habia llamado á don Juan de Austria para encomendarle la guerra de Portugal, y á los Países Bajos fué destinado con el cargo de gobernador otro archiduque, Sigismundo, hermano tambien del emperador, que lo era ya Leopoldo, por muerte de su hermano Fernando III (abril, 1658), el mismo que habia estado de virey en Flandes, y á quien habia sucedido don Juan de Austria. Habia llevado consigo el archiduque doce mil alemanes. El ejército del príncipe de Condé aun era fuerte, y mandaba todavía bastante gente el marqués de Caracena. Todos pues se preparaban á obrar, y á nadie faltaban esperanzas. Mas no llegó la ocasion de medirse de nuevo las fuerzas de cada uno, porque ya en aquel tiempo se habia andado negociando la paz, se estaban asentando los preliminares de ella, y no tardó en venir á poner término á tan antigua, sangrienta y calamitosa guerra.

Mas como quiera que la famosa paz de los Pirineos no tuvo solo por fundamento y objeto los negocios de Flandes, sino que se enlaza con todos los sucesos que habian tenido lugar en otras partes, y mas con los que pertenecian á la lucha en tantos puntos sostenida por las naciones francesa y española, menester es, antes de dar á conocer aquel célebre tratado, informar á nuestros lectores de lo que habia acontecido en los demás países en que hemos dejado pendiente esta lucha encarnizada entre las dos potencias (3).

CAPÍTULO XIV

Sumision de Cataluña.—Guerra con Francia

DE 1648 Á 1659

El mariscal Schomberg.—Toma por asalto á Tortosa.—Vireinato de don Juan de Garay.—Reemplaza á Schomberg el duque de Vendome.—Recobra á Falset.—Causas de la tibieza con que se hacia la guerra.—Espíritu público de Cataluña favorable á España.—Odio á los franceses.—Vireinato del marqués de Mortara.—Sitia á Barcelona.—Ayúdale don Juan de Austria por mar.—Defensa de Barcelona.—Ríndese la ciudad, y vuelve á la obediencia del rey.—Indulto general.—Concesion de privilegios.—Alegria en Cataluña.—Sométese casi todo el Principado.—Continúan la guerra los franceses en union con algunos caudillos catalanes.—Sitio de Gerona.—Vireinato de don Juan de Austria.—Cercos de Rosas.—Puigcerdá.—Va don Juan de Austria á Flandes.—Arrástrase flojamente la guerra.—Segundo vireinato de Mortara.—Arroja á los franceses del Ampurdán.—Sucesos varios.—Batalla gloriosa á las márgenes del Ter, última de esta guerra.

Dejamos en el capítulo XI al joven marqués de Aytona forzado á retirarse á Aragón por las tropas francesas que mandaba el príncipe de Condé, el mismo que despues fué destinado por la corte de Francia á hacer la guerra de Flandes, y el mismo á quien acabamos de ver militando allí en favor de los españoles por vengar sus resentimientos con el cardenal Mazarino y los de su parcialidad. Tambien dejamos allí apuntado que comenzaba á observarse en Cataluña un cambio en el espíritu de aquellos naturales, bastantes síntomas de cansancio y de disgusto hacía los franceses, y ciertas tendencias á volver á formar parte de la gran familia española, de que nunca debieron separarse, ni por parte de la corte dar lugar á que se separaran.

Mas no por eso dejaba de proseguir la guerra, y nada favorablemente en aquella sazón á la causa del rey. Porque habiendo sucedido al príncipe de Condé en el vireinato el ma-

(2) Memorias de Jacques.—Thurloe: Historia, t. VII.—Clarendon: Papeles de Estado.—Limiers: reinado de Luis XIV, lib. IV; y las historias de los Países Bajos, de Francia, de Inglaterra y de España.

(3) Murió por este tiempo el célebre protector de Inglaterra Oliverio Cromwel (3 de setiembre 1658), llevando consigo, dice un ilustre escritor, la admiracion y el disgusto, el odio y el sentimiento de la Europa: singular conjunto, pero digno de aquel extraordinario genio de accion.»

riscal Schomberg (1), que inmediatamente se dirigió contra Tortosa (junio, 1648), sitiada ya por Marsin, y la tomó por asalto, cometiendo la soldadesca los desmanes y horrores de costumbre en tales entradas, sin que el marqués de Torrelaguna don Francisco de Melo, que quiso socorrer la plaza, fuera allí mas feliz que lo habia sido últimamente en Flandes.

Era cuando la corte de Madrid desengañada de la inutilidad de los tratos de paz que traía con Francia por las irritantes condiciones que esta ponía, determinó dar grande impulso á la guerra en todas partes. Para el mando de la de Cataluña destinó en reemplazo del marqués de Aytona al valeroso maestre de campo don Juan de Garay, sacándole del retiro en que estaba. Luego que Garay se puso al frente del ejército, emprendió una atrevida incursion por el interior de Cataluña hasta cerca de Barcelona (1649), mas con objeto de dar á los naturales una muestra del poderio que aun tenia el rey y de influir en su espíritu, que de intentar nada contra aquella ciudad. Así fué que no tardó en volverse á Lérida, despues de haber escarmentado algunos cuerpos franceses que le salieron al encuentro. Desde Lérida pasó á sitiar á Castelló, que vino á su poder. Ya el francés Schomberg habia sido sustituido por el duque de Vendome, el cual, no obstante haber sufrido un descalabro por la gente de Garay, recobró á Falset, que se habia dado espontáneamente á los españoles.

La especie de tibieza con que observamos se hacia por este tiempo la guerra en el territorio catalan, pasándose dos ó tres años sin que apenas ocurriera un suceso de importancia, consistia principalmente, lo uno, en que lo mas fuerte y empeñado de la lucha entre Francia y España estaba entonces en los Países Bajos, y lo otro, en que ya mucha parte de los catalanes, no mejor tratados por los franceses que lo habian sido por los castellanos, iban aborreciendo á aquellos y pensando cómo volver á unirse á estos, reconociendo al cabo que de su separacion no habian recogido otro fruto que perder en el cambio de señores; porque pérdida era tener que sufrir de extraños lo que no habian podido tolerar de los propios. Escarmentos que casi infaliblemente experimentan los pueblos que para librarse de los males que sufren de un monarca ó de un gobierno injusto, pero legitimo, invocan á los extraños y se entregan á ellos, como muchas veces lo hemos hecho notar en nuestra historia. Los franceses, que veían ya este desvío y esta malquerencia de los catalanes, oprimianlos mas y los vejaban con tributos, ya por via de castigo, ya para dejar explotado el país si tenian que abandonarlo. Esto acababa de irritar aquella gente de suyo indómita y dura, amante de su libertad y enemiga de la tiranía y servidumbre, que por otra parte habia tenido tiempo de reflexionar sobre los inconvenientes de estar en pugna hermanos con hermanos.

Tan irritados tenian ya á los naturales las injusticias y demasías de los franceses, que el gobernador de Castell de Arens fué procesado por sus arbitrariedades, y probados los cargos y convicto de sus crímenes fué degollado en la plaza de Barcelona (28 de noviembre, 1648). Y el mismo don José de Viure y Margarit, el mas ardiente y tenaz partidario de la Francia, se vió en la precision de arrestar al teniente general francés Marsin, al intendente y algunos oficiales (27 de diciembre de 1649), acusados de excesos hartos graves, y de conducirlos á Francia y entregarlos en Perpiñan á merced del rey (2). Y no pudiendo ya sufrir los catalanes tantas iniquidades y desafueros, que el de Vendome alentaba ó consentia en vez de corregir, coligáronse algunos y se entendian en secreto para ver de sacudir el yugo francés con el gobernador de Lérida don Baltasar de Pantoja, sucesor del portugués Brito.

Con estas noticias el rey y don Luis de Haro resolvieron hacer un esfuerzo mas en Cataluña; y nombrado virey el marqués de Mortara, ya práctico en aquella guerra, por última vez retirado don Juan de Garay, abrió aquel la campa-

ña (1650) con un ejército de doce mil hombres, apoderándose de Flix y de Miravet. Puso despues sitio á Tortosa, ayudándole por mar el duque de Alburquerque, y rescató aquella plaza (27 de noviembre), malamente perdida hacia mas de dos años. El de Vendome mal recibido en Barcelona, se retiró á Francia despechado. Animados con esta conquista los catalanes, daban ya mayor expansion á sus ánimos, hasta el punto de oirse acá y allá gritos, aunque todavía aislados, de «¡mueran los franceses! y ¡viva España!» Pasquines que de tiempo en tiempo aparecían en este sentido iban poniendo en cuidado á los franceses y á los mas comprometidos en la revolucion, así como alentaban á nuestras tropas, antes allí tan odiadas y perseguidas. Resolvióse ya el de Mortara á emprender el sitio de Barcelona, y para ayudarle por mar dióse orden á don Juan de Austria que viniese con las galeras de Sicilia y con la gente que de allí y de Alemania pudiera recoger, como lo ejecutó. Salió, pues, Mortara de Lérida (junio, 1651), llevando once mil hombres, entre ellos no escaso número de voluntarios catalanes, que así se iban ya viniendo á nuestras banderas; prueba del grande cambio que se habia obrado en el espíritu público del país.

Nada detuvo á nuestro ejército en su travesía, pero la fuerza era harto escasa para rendir tan populosa ciudad. Contábase, sí, con que las circunstancias eran otras que cuando la sitió el marqués de los Velez. Mas si bien es cierto que habia dentro bastantes partidarios de España, y los magistrados mismos abrigaban hartos favorables disposiciones (3), los franceses pusieron el mayor conato en no perder á Barcelona, y mandaba además las armas de la plaza aquel famoso capitán de almogavares don José de Viure Margarit, tan furioso enemigo de Castilla desde el principio de la insurreccion. Colocó el marqués de Mortara sus cuarteles desde San Andrés al mar, y diseminó la caballería por el llano á fin de impedir la entrada de bastimentos; mas no pudiendo lograrlo, dividió su ejército en dos trozos, de los cuales uno dejó en San Andrés, y otro puso en Sans hasta la torre de Novell, dejando la caballería correr por la falda de la montaña. Don Juan de Austria, nombrado por su padre generalísimo del ejército sitiador, acudió con las naves de Nápoles, y cerraba el puerto con veinte galeras. Pareció fortuna que el general francés encargado de sostener la plaza se fuera á Francia por particular disgustos que habia tenido. Pero Margarit y sus soldados no se desanimaron por eso, y se aprestaron á la defensa con igual valor siendo solos que si estuvieran ayudados de franceses, y construyeron fuertes para conservar la comunicacion con Monjuich, y levantaron otras fortificaciones, y embistieron desde el castillo el campamento de Sans, y rechazaron á la vez algun asalto que los nuestros intentaron, y no se veía medio de entrar por la fuerza ni el castillo ni la ciudad. El genio catalan tenaz é inflexible se veía en aquellos hombres obstinados y valerosos (4).

(3) Cuéntase que habiéndose quejado algunos síndicos de los lugares de la comarca á los magistrados de Barcelona de los excesos que cometían los franceses, aquellos les respondieron con desenfado: «¡Y por qué no los degollais á todos!»

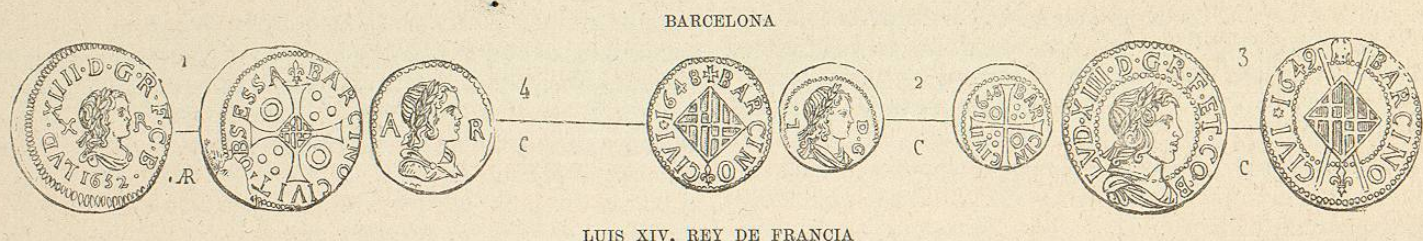
(4) Historia de los hechos del Sermo. señor don Juan de Austria en Cataluña, por don Francisco Fabro Bremundán, lib. I.—En esta obra, impresa en Zaragoza en 1673, se refiere larga y minuciosamente todo lo relativo á este sitio y campaña. A nosotros ni nos toca, ni nos sería posible sin quebrantar las condiciones de nuestra historia, seguir á este autor en sus pormenores. Nos contentamos con indicar á los curiosos dónde pueden hallarlos. Allí encontrarán la irresolucion y las vacilaciones del marqués de Mortara ante las dificultades de asediar formalmente la ciudad; las consultas que sobre lo mismo hizo don Juan al rey; las contestaciones ambiguas del monarca; las conferencias entre los enviados de la corte y los jefes del ejército; las consultas de estos al consejo de generales; la conformidad del virey al dictamen del de Austria; la retirada de este á Vinaroz para restablecerse de un ataque que sufrió de la epidemia entonces reinante, y su vuelta al ejército; la respuesta definitiva del rey aprobando el sitio y ataque de Barcelona; algunos sucesos parciales que entre tanto acontecieron en Mongat, Mataró, Prades, Espuga y Ciurana, favorables á las armas de Castilla, y algunas disposiciones de las que dentro de Barcelona tomaba Margarit, así como el voto público que hizo la ciudad á la Virgen de la Concepcion, y las embajadas que se enviaban á Francia para informar al rey de los apuros del Principado y pedirle

(1) En rigor no le sucedió inmediatamente, porque antes de Schomberg estuvo un poco de tiempo de virey el cardenal de Santa Cecilia, arzobispo de Aix (de febrero á junio de 1648). Pero habiéndose retirado sin hacer nada por una querrela que sobre distincion personal tuvo con la ciudad, apenas merece contarse entre los vireyes franceses de Cataluña.

(2) Tió: Guerra de Cataluña, lib. VIII.

Tuvo, sin embargo, que ordenar Mazarino al conde de la Motte Houdencourt, aquel que años antes había sido separado del mando de las tropas francesas de Cataluña, que desde el Rosellon acudiese con cuatro mil infantes y dos mil quinientos caballos en socorro de los de Barcelona (1652). Este general, después de andar algunos días amagando á un punto y á otro, logró una noche abrirse paso por el centro del llano con tres regimientos y algunos escuadrones. La entrada de la Motte en Barcelona infundió mas y mas aliento á Margarit, y juntos hicieron varias salidas contra los reductos y cuarteles de los nuestros, tomándolos á veces, pero recobrándolos luego los de Mortara, y pasándose en estos combates bastante tiempo.

Pero ya la penuria y el hambre se hacían sentir en la ciudad. Una flota que llevaba bastimentos, al encontrarse con las naves que llamaban los barcos longos de don Juan de Austria, tuvo por bien retroceder. Por tierra intentaron un día los almogavares de la montaña introducir un convoy de víveres, de acuerdo con los de la ciudad, que salían á recibirlos. Batiéronse aquellos feroces montañeses con su acostumbrado brio, y fué menester emplear una gran parte del ejército para poderlos rechazar. Con esto el hambre fué acosando á los de dentro, en términos que ni soldados ni vecinos podían vivir (1). Y aun resistían aquellos hombres tenaces y duros los ataques que á los muros y á las puertas daba el de Mortara.



cesidades tuvo que pedir el mariscal francés las alhajas de los templos y hasta el oro y la plata de los relicarios. Hubo sobre esto una junta de veintidos teólogos, de los cuales veinte votaron en favor de la petición. Llevado el asunto al cabildo, á pesar de los esfuerzos del doctor Peralta, el arcediano de Santa María y otros dos canónigos protestaron contra la medida. Por último, después de muchas contestaciones y disgustos, juntó un sínodo, en el cual llegó á prevalecer la opinión de la entrega, «con calidad que la ciudad se obligase á restituirla en tres años en la misma forma, cantidad y calidad que se entregase y sin gasto alguno de la iglesia.» Hizose pues moneda de la plata sagrada, con la leyenda: *Barcino civitas obsessa*: y el mariscal la empleó en pagar las tropas y en comprar espadas á los soldados (2).

Por último forçados del hambre, mas que del cansancio ó del desánimo, á los quince meses de sitio pidieron los barceloneses capitulación. Concedióseles con condiciones honrosas para la guarnición y con una amnistia general para todos los catalanes, á excepcion de Margarit, que huyó clandestinamente, y ofreciendo conservar á Cataluña sus constituciones

con urgencia socorro: todo lo cual cuenta extensivamente el citado autor en los tres primeros libros de su obra, y parte del cuarto.

(1) La cuartera de trigo se vendía á cuatrocientas libras, 4,266 reales vellón; la carga de vino común á seiscientas libras, 6,400 reales; á este respecto todos los demás artículos; comíanse los animales mas inmundos, y hubiera llegado á mayor extremo el hambre sin el recurso de un pescado llamado *amploya*, que se cogía al pié de los muros de la ciudad.—Feliu de la Peña, *Anales de Cataluña*.—Este historiador, que tantas inexactitudes sembró en sus *Anales*, está generalmente exacto en los pormenores que da de este sitio.

(2) Los objetos que se entregaron fueron catorce lámparas mayores del templo de Santa Eulalia; otras veintiocho menores de alrededor de la capilla; cinco de la capilla de San Olegario; tres de la del Santísimo Sacramento; y una que ardía á las reliquias; seis candelabros grandes y cuatro menores: se despojó la catedral y otras iglesias, pero algunas, como la de Santa María del Mar, lo resistieron. Se juntó el valor de 38,000 escudos de plata.—Bremundán: *Hechos de don Juan de Austria en Cataluña*, lib. VII.—Además muchos vecinos ofrecieron sus vajillas, y los autoridades empeñaron sus bienes.

En tanto que de una y otra parte se daban recios ataques á los fuertes de Monjuich, San Ferriol, Santa Madrona, San Juan de los Reyes, San Bernardo, Santa Isabel y otros, y que mutuamente solían tomarse y recobrarse, y se volaban barriles de pólvora, y reventaban minas con horrible estruendo, y estrago, y nuestra caballería talaba las mieses del contorno, y que al campo español llegaban refuerzos por tierra y por mar, los sitiados aguardaban en vano de Holanda, de Provenza, de Francia, y de los somatenes de la montaña. Balaguer volvía á la obediencia de su legítimo soberano; los excesos de los franceses en Vich inflamaban de ira los corazones de los habitantes de la comarca, y unidos con los de Manresa, donde residía la diputación, acordaron todos someterse al rey de España y prestarle homenaje en la persona de su hijo don Juan. Infuctuosamente despachaban los de Barcelona emisarios á Francia y á Portugal para ver de interesar las cortes de ambos reinos, y que les dieran pronto socorros. Ni La Ferriere, ni don José de Pinós, ni ninguno de los enviados traía respuesta que pudiera satisfacer á los apurados barceloneses. Suscitábase, como acontece siempre en tales casos, discordias entre la Motte, Margarit, Dardena y los demás que mandaban las armas en la ciudad, y amotinábanse contra Dardena los miqueletes, y aumentábase dentro cada día mas la confusión.

La escasez de moneda que se experimentaba hizo duplicar el valor de cada pieza, y para acudir á las mas urgentes ne-

y fueros (3). Rindióse, pues, Barcelona, y se sometió de nuevo al rey Felipe IV (octubre, 1652), con satisfacción general de los catalanes, que al cabo de tantos años de cruda guerra deseaban ya con harta razon la paz. Y tanto mas se celebró este suceso en Cataluña, cuanto que el rey concedió al Principado sus antiguos privilegios, partido que no habrían podido prometerse después de tan larga y tenaz rebelión. Con esto todo fué fiestas y alegría, y como era de esperar, muchos lugares, como los del llano de Vich, vinieron espontáneamente á la obediencia del gobierno español. La diputación misma congregó los brazos en Manresa, y todos de acuerdo ofrecieron al rey aquella villa, con Cardona, Solsona y otros lugares. Alguno hubo que rendir todavía por la fuerza. Pero pudo ya decirse que Cataluña había vuelto á pertenecer á España. Ganó el marqués de Mortara con este suceso la estimación y gratitud de todos los españoles (4).

Parecía que con esto debería haberse dado por terminada la guerra de Cataluña. Y no solo esto, sino que aquellos naturales, con la decisión que acostumbran en todas sus resoluciones, expusieron al rey que con tal que les diese tropas de caballería ellos solos bastaban para recobrar el Rosellon, cuyos habitantes deseaban tambien librarse de la dominación francesa y volver á la obediencia de España. Desgraciadamente ni la guerra se concluyó, ni el rey Felipe y sus ministros aten-

(3) Edicto de don Juan de Austria en el campo de Barcelona á 14 de octubre de 1652, copiado por Tio.—Bremundán: *Historia de los hechos del príncipe don Juan*, lib. X. Allí pueden verse los pormenores de todo lo que precedió y siguió á la capitulación: la salida de un trompeta de la Motte para tratar de la rendición de la plaza; la de los diputados de la ciudad y del mar; el recibimiento que se les hizo; los reparos de don Juan de Austria á las cartas del mariscal y de Jaime Cortada; la salida del conserjer en cap á rendir homenaje al príncipe; las seguridades que dió don Juan del cumplimiento de los puntos que se concedían; las órdenes á los gobernadores de Tarragona, Lérida y Tortosa para el canje de prisioneros, y por último, los despachos de don Juan de Austria al rey su padre dándole parte de estos sucesos.

(4) Aquí termina Fabro Bremundán su minuciosa historia sobre este período de la guerra de Cataluña, y acaba tambien Tio su continuación de la de Melo.

dieron la proposición de los catalanes. Antes lo que hicieron fué destinar á Portugal muchas de las tropas de aquel ejército, y relevar del vireinato al marqués de Mortara, el único que había dado resultados felices, y conferirle á don Juan de Austria. Los franceses, aunque convencidos de que no podían aspirar ya á la posesión de Cataluña, tenían interés en conservar el Rosellon, y en entretener nuestras fuerzas en el Principado. Y lo que fué peor, aquel Margarit, con otros caudillos de la rebelión catalana, como Dardena, Aux, Segarra y algunos mas, con una obstinación ya indisculpable, y siendo no ya solo rebeldes á España sino traidores á su propio país, prestaronse á ayudar á los franceses, si es que no los concitaron, y en julio siguiente (1653) se vió entrar en Cataluña por el Portús al mariscal francés Hocquincourt en union con don José Margarit al frente de catorce mil infantes y cuatro mil caballos, creyendo que todo el país se iba á levantar de nuevo por ellos. Y aunque le salieron sus cálculos fallidos, porque solo se le adhirió los forajidos, bandoleros y gente perdida, poniéndose por el contrario á las órdenes de don Juan de Austria tercios enteros de los que antes habían defendido á Barcelona, con todo lograron hacerse dueños de Castellon de Ampurias y de Figueras, y pusieron sitio á Gerona.

Guarnición y habitantes, hombres y mujeres, todos se defendieron con heroísmo por mas de setenta dias contra el francés. Su resistencia dió lugar á que don Juan de Austria acudiese á su socorro con un trozo de ejército, formado ya en su mayor parte de catalanes, y dándose oportunamente la mano los de dentro y los de fuera, obligaron al enemigo á levantar el cerco con alguna pérdida. Ripoll, San Feliu y algunos otros lugares volvieron al dominio de la Francia, que fué todo lo que en esta campaña pudo hacer Hocquincourt, llamado luego á Flandes, donde le hemos visto después adherirse al partido de los príncipes franceses, y pelear como aliado de las banderas españolas.

Sucedió á Hocquincourt en Cataluña el príncipe de Conti, hermano del de Condé, trayendo consigo alguna mas gente de aquel reino (1). Hallábase este general sobre Puigcerdá (julio, 1654), y para distraerle puso cerco don Juan de Austria á Rosas. Allá acudió en efecto el príncipe francés, y aunque las partidas de catalanes que ya se apostaban á los lados de los caminos le destruyeron buena parte de su gente, todavía le quedó bastante para hacer al de Austria retirarse levantando el cerco de Rosas. Volvieron los franceses mas libres y desembarazados sobre Puigcerdá, defendióse la guarnición bravamente, pero habiendo muerto de un cañonazo el gobernador don Pedro Valenzuela, tuvo que entregarse capitulando. A la entrega de esta plaza siguió la de Villafranca, Urgel y algunas otras fortalezas interiores. Y en verdad, lo extraño es que no nos arrebataran mas poblaciones y mas aprisa, pues aunque el Principado ponía no poco de su parte, formando regulares cuerpitos que incomodaban á los franceses, el mal era que distraído el nervio de nuestras tropas en otras partes, no arribaba don Juan á poder reunir un ejército que oponer al de Francia, y se limitaba á observar y contener al enemigo desde Barcelona y sus contornos. Sin embargo, al año siguiente (1655) tomó á Berga y Camprodon. El conde de Merinville, mas activo que el de Conti á quien reemplazó, quiso socorrer á Solsona que tenían sitiada los nuestros, en combinación con la armada del marqués de Santa Cruz; mas por mucho que apresuró su marcha, hubo de retroceder con noticia que tuvo en el camino de hallarse ya asaltada y dada á saco (7 de diciembre, 1655). Lo demás de esta campaña se redujo á pérdidas recíprocas de algunas plazas y lugares, y á tal ó cual porfiada defensa que de algunas hicieron, los caudillos catalanes sobre todo.

(1) Es de notar la frecuencia con que así la corte de Francia como la de España relevaban los vireyes y generales de Cataluña, lo mismo que los de otras partes en que se estaba haciendo la guerra. A cada paso ocurrían cambios y traslaciones, haciendo venir los de Flandes á Cataluña, mudando los de Cataluña á Flandes, á Italia ó á Portugal, y viceversa. Creemos que no está demás hacer esta observación á nuestros lectores, ya para que ellos mismos no se confundan, ya para que no extrañen que en un brevísimo espacio de tiempo hablemos de un general ó gobernador como obrando en puntos diferentes y muy apartados.

No con mas energía, antes mucho mas flojamente, continuó haciéndose en las campañas siguientes la guerra, no contando ni uno ni otro ejército con fuerzas bastantes ni para acometer empresa de consideración, ni para tomar una superioridad decisiva sobre su enemigo, empeñadas las fuerzas principales y empleados los generales de mas nombre y reputación, así de España como de Francia, en las guerras de Italia, y mas especialmente de Flandes, y no poco distraídas además las nuestras en Portugal. A Flandes fué tambien destinado por este tiempo don Juan de Austria, como en el anterior capítulo hemos visto: nueva razon para que en Cataluña aflojaran las operaciones militares, hasta que por último, vuelto el cargo del vireinato al ilustre marqués de Mortara, tomaron aquellas mas animación, conociéndose las manos en que el gobierno de las armas había nuevamente entrado.

Ahuyentó, pues, el de Mortara del Ampurdán á los franceses, y dominó todo aquel país á excepcion de Rosas (1657). En cambio el general francés duque de Candale y don José Margarit entraron en Blanes y en muchos lugares de aquella comarca, y se corrieron con no poca audacia al llano de Barcelona. Pero Blanes fué recobrada por un golpe de catalanes de los que militaban en las banderas de Castilla, y el fuerte de Castellfollit fué comprado por dinero al gobernador francés. Quiso recobrarle el de Candale y castigar al infiel gobernador, pero el intento le costó mucha gente, porque al paso del Fluviá le arremetió el de Mortara con el grueso de la suya, obligándole además á arrojar al rio algunos cañones. Otro recio combate hubo á una legua de Camprodon, entre españoles y franceses, en que fueron estos derrotados, cayendo de sus resultas Camprodon en poder del caudillo español don Próspero de Tuttavilla (1658). Sitiada á su vez esta plaza por los franceses, y marchando á socorrerla el marqués de Mortara, se empeñó una reñidísima batalla á las orillas del Ter, en la cual el maestre de campo don Diego Caballero de Illescas, esguazando el rio, y cogiendo al enemigo por la espalda, y arremetiéndole espada en mano y entrando en sus cuarteles á degüello, hizo en él tal destrozo, que bien puede decirse se le debió á él una de las acciones mas gloriosas que se dieron en el Principado. Y tambien puede contarse la última que merezca mención en aquella guerra.

Porque ya ni la Francia ponía gran conato en dominar aquel país, desesperanzada de conseguirlo teniendo contra sí los naturales, ni España temía ya perderle teniéndolos en su favor, y en lugar de enviar mas refuerzos sacaba de allí los que podía para destinarlos á Portugal, que era entonces donde andaba mas comprometido el honor de Castilla. Y así ambas naciones se limitaron á pequeños encuentros en aquellas partes, arrastrándose aquella larga y pesada guerra, hasta el grande acontecimiento que á la sazón se preparaba, y que había de decidir de la suerte futura de todos los países por ellas disputados.

CAPÍTULO XV

Portugal y Castilla

DE 1648 Á 1659

El marqués de Leganés ataca á Olivenza y se retira.—Disputanse portugueses y holandeses las posesiones de la India.—El duque de San German, capitán general de Extremadura.—Conspiración para asesinar al rey de España.—Es descubierta y llevados al suplicio los conjurados.—Muerte del príncipe don Teodosio.—Conjuración en Portugal para entregar el reino á los españoles.—Castigo de los conspiradores.—Muerte del rey don Juan IV.—Sucesión de Alfonso VI.—Regencia de la reina madre.—Comienza con vigor la guerra.—Conquista el de San German la plaza de Olivenza.—Plan desacertado del general portugués, conde de San Lorenzo.—Emprende Vasconcellos el sitio de Badajoz.—Marcha del ministro don Luis de Haro á Extremadura.—Retíranse de Badajoz los portugueses.—Don Luis de Haro entra en Portugal y sitia la plaza de Elvas.—Acométele el portugués conde de Castañeda.—Vergonzosa derrota del ejército español.—El de Haro es llamado á la corte.—Guerra de Portugal por la frontera de Galicia.—Progreso del marqués de Viana.—Cesan temporalmente las hostilidades.—Quédase la guerra en tal estado hasta las paces de Francia y España.

Que en la frontera de Portugal era donde andaba mas comprometida la honra de Castilla decíamos al final del anterior